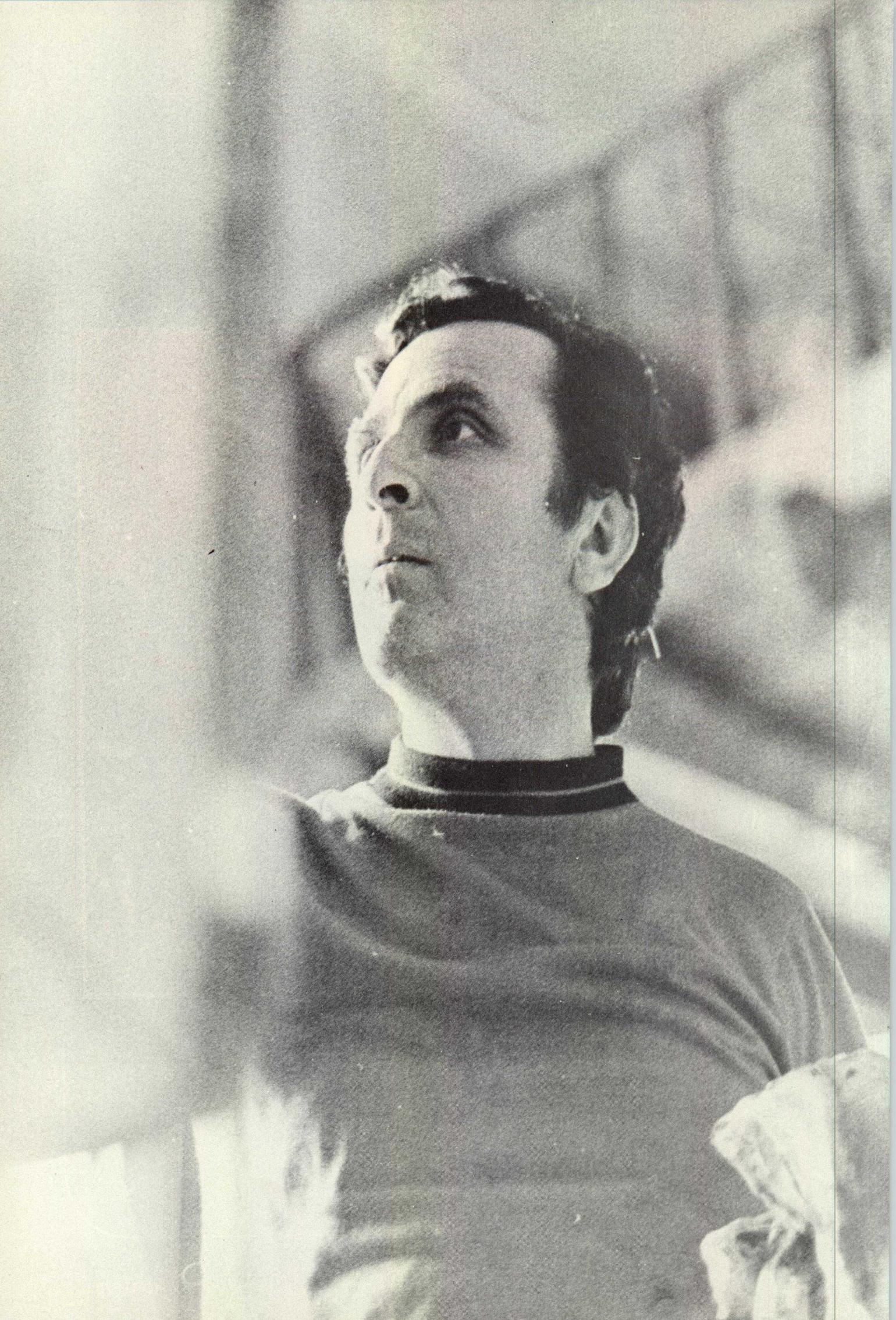


benito messeguer





Messeguer los murales de Benito Messeguer los mu

antonio rodríguez

Formado en una de las escuelas de arte más o menos conformistas de la capital, cuando los grandes maestros del muralismo ejercían aún gran influencia, Benito Messeguer se revela como artista creador, de personalidad bien definida, en un mural que es prolongación y ruptura.

Continuación en cuanto es desarrollo de una idea, la obra del joven artista en la Escuela de Economía de la UNAM rompe, sin embargo, con el muralismo anterior en muchos de sus más característicos aspectos.

Olvida voluntariamente la historia; se libera de la servidumbre, a que la pintura estaba acostumbrada, de desarrollar estrictamente el tema que la función del edificio imponía; sustituye el relato por la metáfora y sin abdicar de cierto figuratismo expresionista, da un relieve primordial a los valores plásticos.

Esta actitud se afirma con más valor y éxito en un mural que es todo un hallazgo: el del Instituto de la Audición y el Lenguaje, en el cual se adhiere con entusiasmo al tema de la institución, pero en forma nueva, original.

Aquí, después de estudiar el problema de la comunicación por medio de la palabra y del oído, lo expresa por lo que hay de plástico en los órganos de la complicada anatomía.

Los "héroes" del nuevo mural ya no son los "buenos" ni los "malos" de las antiguas historias pintadas: son los huesecillos, ampliados a las dimensiones del muro, de esa red asombrosa que hace posible, con sus ensamblajes, transmisiones, reguladores, la captación del sonido y la inteligencia de las palabras.

Aprovechando a lo máximo la estrechez de la arquitectura, convierte el caracol de la escalera en una especie de caverna auditiva, dentro de la cual el espectador, al moverse, viaja con las ondas que transportan el sonido, en mares fantásticos, de colores líquidos y se enfrenta a formas (martillos, yunques, tímpanos de tamaños descomunales) que son la evocación de sinfonías recónditas, de gritos estridentes (tal vez de protesta) y de diálogos propicios al entendimiento entre los hombres.

Fiel a la esencia de un muralismo renovado, Messeguer entona su canto de amor a la fraternidad y a la paz, con palabras nuevas: más frescas, más poderosas, más vitales.

Dispuesto a caminar por la ruta que le señala el tiempo, el joven artista da otro paso decisivo al imaginar un "fresco" en el cual la pintura propiamente dicha (es decir un color vegetal o mineral mezclado a un vehículo) es sustituida con más elocuencia y potencialidad por láminas, tubos y varillas de hierro, cobre, aluminio y plástico.

Elemento que da la tónica de nuestros días, la luz eléctrica aparece en el mural de Messeguer, mas no como algo fijo, sino como fluido luminoso, en movimiento, que partiendo de un dinamo vital —el corazón— se extiende en palpitaciones rítmicas hacia la urbe donde vive, sueña y concibe sus osados proyectos el hombre.

Con este mural entra definitivamente Benito Messeguer, y con forma de caminar propia, a los dominios de la plástica que los pioneros de una nueva expresión están audazmente explorando como aporte del arte al mundo que ya se avizora.

Ligado a su tiempo, pero sin olvidar que la cultura es una cadena de múltiples eslabones, Messeguer retorna una y otra vez a aquellos orígenes a los que las décadas y los siglos no han anulado la contemporaneidad.

En Rembrandt, recibe la revelación de la luz, que anticipa muchos deslumbramientos. Van Gogh lo familiariza con la vehemencia de la materia. Orozco le señala el destino dramático y heroico del hombre.

De este contacto, un tanto extraño pero vital, entre raíces subterráneas y halos de Anunciación, nace en Messeguer una síntesis, muy mexicana, de realismo y fantasía, propensa al desarrollo de un tema tan abierto a los extremos de la paradoja, como el Quijote.

Difícil empresa, en la que tantos han fracasado, Messeguer la lleva a feliz término al sustituir el relato descriptivo por la recreación fantástica, no obstante fiel al espíritu del libro.

El Quijote de la era espacial, todavía en lucha contra monstruos que se esconden bajo la apariencia de Molinos de viento; la Dulcinea, creada con hilos de luz, por la imaginación del idealista; el Sancho que se desprende de sus formas larvarias para alcanzar el espíritu quijotesco: todos aparecen en la insólita recreación del artista bajo un aspecto exterior nuevo.

Sensible a las luces y a las voces de su tiempo —a la forma y a la entraña— Messeguer es uno de los pintores mexicanos de hoy más vitales y, por ello, con más promisorio futuro.



justino fernández

Las pinturas murales que ha realizado Benito Messeguer en el Auditorio de la Escuela de Economía (UNAM), significan cierta cima alcanzada por el artista. En efecto, Messeguer ha venido desarrollando su obra, en la que existe algún otro mural, con la mayor y más auténtica vocación. En un sentido amplio se puede decir que, por temperamento, su lenguaje poético es el expresionismo, domeñado por una fina sensibilidad y un profundo sentido reflexivo. Con esas posibilidades, su meta es el humanismo universalista, guiado por su espíritu alerta sin concesiones a la vulgaridad, antes bien, en un camino propio, noble y elevado.

Al realizar los murales del Auditorio de la Escuela de Economía tuvo que vencer diversos problemas —y logró un buen éxito—, principalmente en la composición de los mismos, para ajustarlos a las condiciones impuestas por las formas arquitectónicas, de manera que se obtuviera la mejor visibilidad de los pasajes importantes de las alegorías.

El mural del lado izquierdo se inicia con una nebulosa, que pone al espectador en un ambiente cósmico, y aparece el hombre que con propiedad puede llamarse primitivo porque con él surgen los primeros signos de cultura: el ídolo religioso más antiguo y la caza. Pero todo con sentido dinámico que apunta al futuro, a la formación de un nuevo hombre, que inicia el desarrollo histórico. Si se contempla este mural en conjunto se advierte de inmediato el ritmo que el artista supo dar a la composición y a las diferentes partes, dando en verdad, un ambiente severo, dramático, cual conviene al tema. Cada alegoría particular tiene interés por sí y culmina en un excelente fragmento —la imagen del hombre— con texturas y cualidades de dibujo de primer orden.

Si bien el mural del lado derecho armoniza con el anterior, hay en él zonas luminosas que son significativas. Es necesario contemplarlo de derecha a izquierda para seguir el desarrollo de la idea. De un mundo sórdido y trágico en el que se advierten los signos de la ignominia, pero también de la redención, se pasa al hombre multiforme, como ser dotado de infinitas posibilidades, que surge luminoso y potente para crear todas las artes benéficas. La alegoría culmina en el hombre que en actitud decidida marcha al futuro para dar nuevos rumbos a la historia. Todo en este mural levanta la emoción, primero por los contrastes de luces y sombras, por las excelentes cualidades y calidades de las diferentes partes, en especial la del extremo derecho.

En cuanto a la parte formal y expresiva, ambos murales mantienen un equilibrio entre sí en sus composiciones, colorido y texturas. Messeguer logra un vigoroso y refinado expresionismo y una secuencia sin monotonía. Respecto al contenido, o sea la idea, se desarrolla claramente; y así del cosmos se desprende esa partícula con vida propia, esa "caña que piensa", el hombre, para crear un mundo humano y habitable, en el que sufre y muere, pero en el que goza y renace, siempre con la esperanza —dolorosamente mantenida— de que el futuro puede ser mejor que el pasado y el presente.

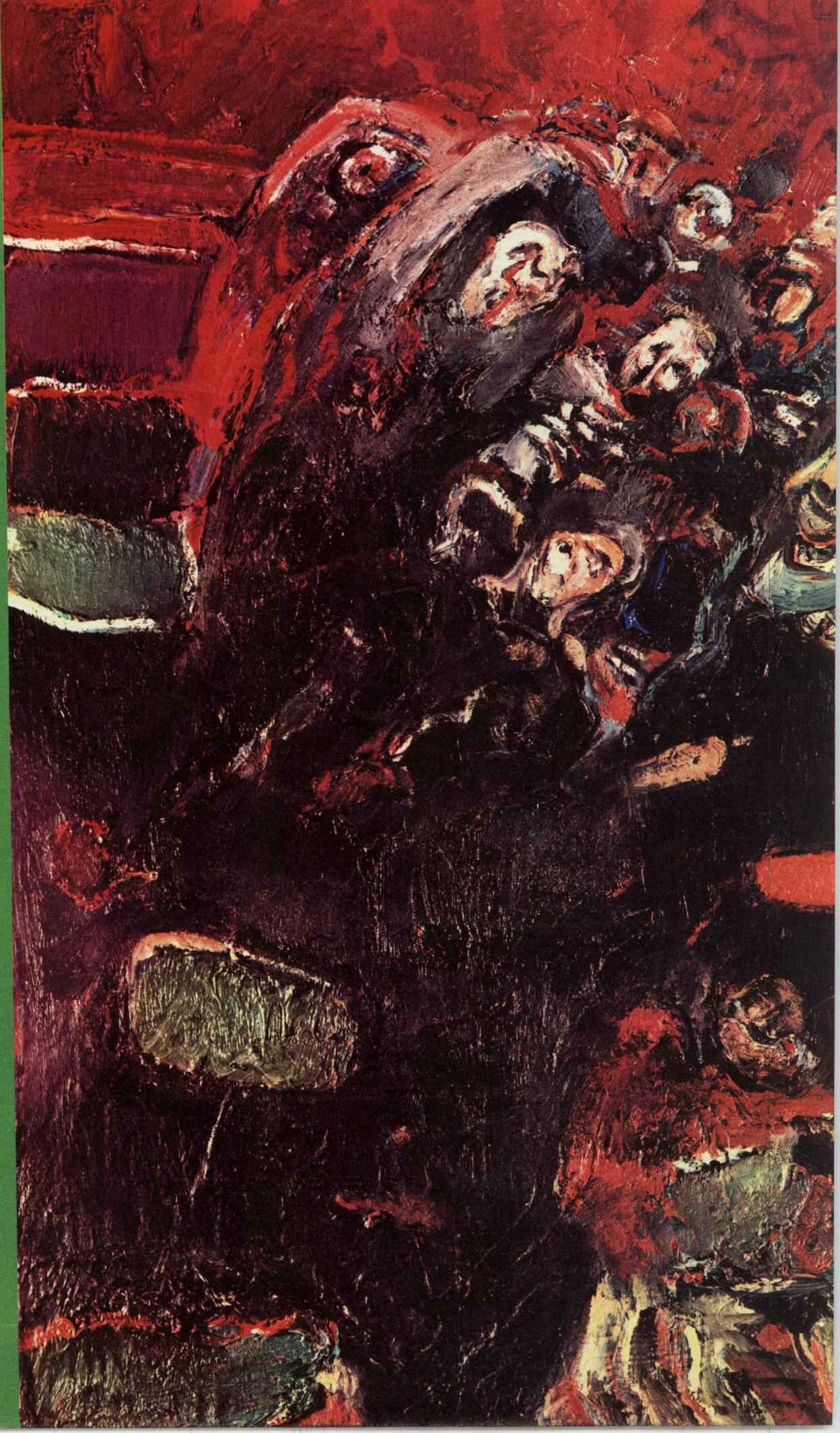
Messeguer ha probado ser un artista cabal y capaz de elevarse, sin perder tierra, a los planos universales, con una expresión propia, sincera y de gran categoría.







"méxico 68"



TECNICA MIXTA



conversación con max aub

Poco antes de morir, Max Aub, nos concedió en exclusiva una entrevista para NORTE. Entonces no pasó ni remotamente por nuestra cabeza que Aub ya no iba a estar entre nosotros cuando la publicáramos.

Pero así son las cosas, "nuestras vidas son los ríos que van a dar a la mar que es el morir". Ya lo dijo Manrique. Pero Max Aub, como los ríos, a su paso por esta vida, fue dejando sus fructíferos limos en cien riberas y ahí está su fruto; el fruto de esa su vida plena.

Muchos son los libros, las obras de teatro, los poemas y los ensayos que Max Aub nos ha dejado y, día llegará, en que se justiprecie en su entero y alto valor. Numerosas son sus novelas, muchas son sus obras teatrales; su poesía, algo olvidada, deberá también tenerse en cuenta. Sus hondos ensayos deberán ser leídos y releídos de nuevo. La obra de Max Aub es de gran importancia. Fue un escritor que trabajó intensamente y vivió entregado a su obra. Murió, sí, a los 69 años de edad. Pero si nos asomamos a su producción literaria tal vez nos asombremos con justa razón, pues Max Aub fue un escritor prolífero y bien parecerá que vivió noventa o cien años.

En la revista hispana AZOR se dice justicieramente de él: "Hombre sencillo, amable". Y poco después: "Lo vemos aún, con su apariencia de hombre cansado, pero con su amplia sonrisa". Así era, no sin cierto cansancio respondía a nuestras preguntas, como hombre que estaba de vuelta. Sin embargo nos sonreía como si estuviera constantemente comenzando. Para Max Aub cada día era empezar de nuevo. Emanaba siempre un aire de juventud interna que sabía a esperanza.

Ha muerto, pero aquí está su obra, entre nosotros y, también, esta entrevista que tanto nos hubiera gustado que él leyera en las páginas de NORTE. No la leerá él, pero sus palabras correrán desde aquí por los cuatro puntos cardinales de la HISPANIDAD, a la que él de todo corazón perteneció y ya, por siempre, seguirá perteneciendo.



Norte.—¿Cuántos libros ha escrito hasta la fecha?

M. A.—No lo sé. No es chiste ni vanidad. Pero ¿se puede contar como libro aparte el que reproduce, en parte, otro? ¿Lo es mi "Teatro Completo", que, entre una cincuentena de obras, incluye tres o cuatro inéditas? Lo único que le puedo decir es que, encuadernados y puestos en fila, contando reediciones y traducciones deben medir entre dos o tres metros. Lo que es mucho menos que lo que escribieron —cada uno— Unamuno, Baroja o Azorín y no digamos Galdós. Sin contar, naturalmente, que la cantidad nada tiene que ver con la calidad, aunque tampoco son contrapuestas.

Norte.—¿De todos sus libros cuál considera el mejor, o el que más quiere?

M. A.—Depende de los días. Aunque, como es natural, no prefiera los escritos por encargo.

Norte.—¿Cuáles son sus autores predilectos?

M. A.—En general, los anónimos.

Norte.—Vive en México hace muchos años ¿podría decirnos cómo ve el panorama literario mexicano?

M. A.—No se necesita vivir en un país para juzgar su literatura: A Dios gracias, basta con leerla. Desde que hay literatura mexicana, dejando algún bache en el siglo XIX, por las convulsiones políticas, se ha mantenido en un nivel bastante uniforme. Es una lástima que por la política no consideren mexicano a Bernal Díaz del Castillo (y sí, casi, a Bartolomé de las Casas) perdiendo uno de los mayores escritores de la Edad Moderna. En cambio sí adoptan como mexicana a Sor Juana Inés de la Cruz —con toda razón— y al Gorostiza del siglo pasado —sin casi ninguna.

Norte.—¿Hacia dónde cree que va la literatura mexicana?

M. A.—Veremos cómo se repone de las heridas graves que le ha inferido el cine, la radio y la televisión. Es posible que sea un bien si estas expresiones siguen drenando, en general, lo peor. Lo malo sería que se llevara por delante a Fuentes, a Leñero, a Agustín. Y no los cito porque sí. No que sea enemigo de esos medios, ni mucho menos; pero es difícilísimo hacer aceptar a una industria que vende sus productos al mejor postor que están realizados por escritores de auténtica calidad y no trabajen de cualquier manera o, peor, que empleen su talento en enzañarse en su propio gusto. Todavía esperan a su Lope.